

Fitz-Gerald, aunque protestante, no dejaba de ser estimado en Irlanda, á causa de mostrarse, en política, favorable á los católicos, lo que en lenguaje irlandés, es sinónimo de hombre de bien. Tenía además relaciones abundantes; y en el discurso pronunciado antes de la elección, supo interesar el ánimo de los electores, con la memoria de los servicios prestados al país por él y su familia, y conmovió el corazón del auditorio cuando con voz trémula y los ojos arrasados de lágrimas, recordó que su anciano padre, hombre muy venerado en el país, estaba á la sazón enfermo y en las agonías de la muerte.

Pero ¿qué podía la palabra de Fitz-Gerald contra la palabra de O'Connell? Apenas comenzó su discurso el grande *agitador*, se borraron todas las impresiones producidas por el discurso de su adversario. El auditorio se olvidó bien pronto del *protestante honrado, de la familia benéfica* y del *anciano moribundo*; la muchedumbre recibía las palabras de O'Connell como la tierra sedienta los raudales de lluvia; el orador, tocando todos los resortes del corazón, conmovía el auditorio con todo linaje de sentimientos; al mover de su brazo nervudo y de sus espaldas atléticas, al girar de su vista vibrante, al sonido de su voz robusta, sonora, rápida como un torrente, el auditorio, ó se agitaba como impulsado por un movimiento mágico, ó se quedaba profundamente silencioso, quieto, como petrificado, como herido de un rayo; y cuando el orador conoció que habían vibrado ya todas las cuerdas del corazón, calló; y en pos del estrepitoso *hourrah para O'Connell*, que se levantó por todas partes, quedó elegido por una mayoría de 1075 votos.

Vencida la primera dificultad, quedaba la segunda, no menos embarazosa, y que parecía insuperable. Bien lo sabía O'Connell, bien sabía que negándose á prestar el juramento protestante, no se le permitiría sentarse en los escaños del parlamento; pero la osada empresa se había comenzado, y comenzado bien, y era menester llevarla á cabo. De todos modos, estaba resuelto O'Connell á reclamar su puesto de diputado; pero los acontecimientos marchaban á prisa, pues que entre tanto, se aprobó en las cámaras inglesas el bill de emancipación de los católicos, merced, en buena parte, á la ruidosa elección de Clare. ¿Qué lograba O'Connell presentándose á reclamar su puesto en la cámara de los comunes, y arrojando una negativa segura? Mucho, muchísimo; porque provocando una escena en que se le veía salir de la cámara por no querer prestar el juramento, interesaba en su favor á todos los hombres amantes de las convicciones sinceras y de la firmeza de ánimo en defenderlas, ponía en abierta lucha á la Inglaterra con Irlanda, enardecía el espi-

ritu público del país, presentaba en escena al derecho luchando cuerpo á cuerpo con la ley; en su persona y en la del presidente de la cámara, se personificaba vivamente la Irlanda católica oprimida por la Inglaterra protestante: es decir, que desacreditaba la ley, manifestaba á la luz del día su injusticia y tiranía, la hacía imposible.

Preséntase O'Connell en la sala del parlamento: la ley de emancipación se había votado ya; pero como él había sido elegido antes, el presidente, fundado en que la ley no podía tener efecto retroactivo, le exige el juramento. O'Connell se niega á prestarle; el presidente le intima que se retire, y O'Connell se retira seguido por la vista de un inmenso concurso, que no se sacia de contemplarle. Así, aunque derogada ya de antemano la ley opresiva, acabó O'Connell de hacerla pedazos, asegurando el completo triunfo y desarrollo del sistema de libertad que había empezado á recabar en favor de los católicos. Anulada su elección, vuelve á Irlanda á pedir de nuevo los sufragios de los electores de Clare. Ningun triunfador del mundo se vió jamás rodeado de mayor entusiasmo. Figúrense nuestros lectores á O'Connell, atravesando la Irlanda en un coche descubierto, escoltado por mas de cuarenta mil personas, saciándole los pueblos al encuentro embriagados de contento y de esperanza, arrojando flores al libertador, y colmándole de bendiciones; figúrense, si pueden, á la tumultuosa comitiva entrando en Clare á la una de la noche, rodeado el carro triunfal de hachas, de palmas, en medio del bullicio de toda la población del condado, entre el estrépito de las aclamaciones y de las músicas; á los hombres levantando sus brazos y sus picas, las mugeres agitando sus pañuelos, y alzando en alto á sus niños para mostrarles al libertador; y figúrense sobre todo á O'Connell en pie, sobre su carro triunfal, escaltada su alma con el grandor del espectáculo, y con la embriaguez del triunfo, centelleando en su rostro y en sus ojos, las emociones tiernas, los sentimientos generosos, el ardor tempestuoso que á porfía agitan su pecho; contemplen su fisonomía realzada por el resplandor de las antorchas, sus gestos irregulares por la agitación y el movimiento, y arengando entre tanto á la multitud, dominando con su voz el estrépito que le rodea; figúrense empleando aquella elocuencia á la vez elevada y familiar, á la vez aterradora y tierna, á la vez enérgica y blanda, con que sabe remover el corazón de las masas; figúrense, si pueden, este cuadro, y vean si les presenta la historia otro mas grandioso é interesante.

Nadie se atrevió á competir con O'Connell; y á la verdad que era escusado. Despues de tanto triunfo, hasta las formas hubieran podido ahorrarse. Aquella segunda elección produjo en O'Con-

nell una emoció profunda; y en el discurso dirigido á la inmensa muchedumbre que le rodeaba, se elevó su elocuencia á un punto en que nada tenia que envidiar á los mas ilustres oradores antiguos y modernos. Creemos que los lectores nos agradecerán el que les presentemos una breve muestra; he aquí cómo terminaba su discurso, dirigido á un auditorio de cuarenta mil almas: “En presencia de mi Dios, y con el mas profundo sentimiento de la responsabilidad que consigo llevan los solemnes deberes que por dos veces me habeis impuesto, irlandeses, yo los acepto; y la seguridad que tengo de cumplirlos, la fundo, no en mis fuerzas, sino en las vuestras. Los hombres de Clare saben que la sola basa de la libertad es la religion: habeis triunfado; pero vuestro triunfo es debido á que la voz que se levanta en favor de la patria, se habia exhalado de antemano en plegarias al Señor. Los cánticos de libertad se oyen ya en vuestras verdes campiñas, recorren las colinas, han llenado los valles, murmuran en las ondas de nuestros rios; y nuestros torrentes responden con voz de trueno á los ecos de vuestras montañas: ¡la Irlanda es libre!”

Entró O’Connell en la cámara de los comunes en Marzo de 1830, y en su nueva posición ha sabido conservar el alto concepto que antes se habia adquirido. Su elocuencia, mas propia para las reuniones populares que para una asamblea de frios políticos, se ha mantenido, no obstante, en su elevada reputación; y el tribuno de Irlanda ha sabido manifestarse tambien como distinguido orador parlamentario. Conservando en la cámara aquella superioridad que le grangean sus talentos, su elocuencia y la energía de su carácter, es el caudillo único del partido irlandés; y su voto es el voto de todos los diputados irlandeses. Por esto se ha llamado á esta fracción de la cámara, *la cola de O’Connell*.

Seguirle en su vida pública desde que entró en la cámara, seria trazar la historia de las vicisitudes políticas de la Gran Bretaña; porque es imposible dar un paso, ni en las discusiones mas importantes, ni en las crisis ministeriales, sin encontrarse con O’Connell; con ese O’Connell que persigue, que acusa á todos los partidos que se suceden en el poder, que no les deja descanso hasta haberles arrancado una concesion, ó haberlos derribado del mando. Largo seria el entrar en pormenores sobre la vida pública de O’Connell en los últimos once años; y ademas fuera inútil, porque su historia es demasiado conocida. Así, nos limitaremos á señalar en general el rumbo de su política, presentando ademas algunas reflexiones, que sin dar sobrada extensión á nuestro trabajo, no carecerán quizás de provecho.

Se ha dicho que la política de O’Connell ha sido variable; esto es verdad hasta cierto punto; y no depende de otra causa, sino de la misma firmeza del pensamiento, única guía de su conducta. *La mejora de la suerte de Irlanda*: este es su norte, y á él se dirige por el camino que le parece mas conveniente. Se modera ó se exalta; forma alianza con un ministerio, ó le declara guerra á muerte; demuestra simpatías por un partido, ó rompe bruscamente con él, y le ataca sin miramiento; todo es cuestion de circunstancias, y éstas, subordinadas siempre al interés de Irlanda. ¿Las circunstancias reclaman templanza? el impetu del orador se modera, su lenguaje es pacífico, sus consejos rebosan de prudencia; en las reuniones populares, en los banquetes, en el parlamento, emplea aquel género de elocuencia que amansa las pasiones populares, que solo tiene fuerza para mantenerlas en el grado de calor y de movimiento necesarios para preservar de la flojedad y descuido. ¿Amenaza el peligro? El rio que corria pacíficamente por el hondo cauce con sossegado murmullo, se hincha, se levanta, espuma contra las rocas que le encajonan, y se desborda con estrepitoso bramido.

¿Creeis que en su alianza con el partido whig habia perdido O’Connell su primitiva energía, ó que los años habian enfrizado su corazón? Os engañábais; el leon dormia, y á su primer rugido tembló el ministerio tory, aun antes de tomar las riendas del mando. Era en la sesión del 27 del pasado Agosto, y el viejo tribuno rompía ya las hostilidades con el futuro ministerio Peel; haciéndolo con todo el arte de que es capaz su talento, amestrado con tan larga esperiencia, y con todo el brío y energía de su corazón fogoso. Las leyes sobre cereales, habian sido el principal tropiezo del ministerio whig; quiere O’Connell concitar contra el ministerio tory las pasiones de la clase menesterosa, y hácelo presentando la cuestion bajo su aspecto mas crudo é irritante. “La cuestion, dice el sagaz orador, no puede ser mas sencilla: tratase de si el pueblo ha de comer el pan barato ó caro; si se quiere que viva ó que muera.” Ataca en seguida al partido tory, con toda la vehemencia de un jóven de treinta años, y manifiesta los temores que le atormentan con respecto á la suerte de la Irlanda: pero tomando nuevo aliento á la vista del peligro, termina su discurso con las siguientes palabras, que producen en la cámara una sensacion profunda: “Jamás ministerio alguno se habrá visto rodeado de mayores peligros; sean cuales fueren los ministros, los invito á pesar bien en su ánimo la verdad siguiente: *el hombre reducido á la estreñidad, aprovecha la ocasion de Dios*: tarde ó temprano, será preciso hacer justicia á la Irlanda.”

La vehemencia con que ataca O'Connell á los torys, se explica fácilmente considerando que no todos los hombres de partido son tan templados como Peel, y que á la sombra del nuevo ministerio esperan los protestantes mas fanáticos empezar de nuevo su conducta reaccionaria contra los católicos. Sabido es que uno de los principales embarazos con que tiene que luchar la prudencia y firmeza de Peel, es la escalatación de algunos de sus partidarios; y aunque no dudamos que este hombre ilustre sabrá mantenerse en el sistema de moderación que ha anunciado en su famoso discurso, no debe admirarnos que se ponga en actitud hostil contra el nuevo ministerio el hombre sobre quien gravita la responsabilidad de los intereses de Irlanda. Si duros y violentos nos parecen sus ataques, debemos tambien recordar que son en gran parte provocados por ese partido furioso que declama todavía contra el Catolicismo con toda la fogosidad y virulencia que pudo hacerlo el mismo Lutero. Quiérese que la Irlanda se mantenga en calmosa indiferencia, cuando todavía oye decir, "que el Catolicismo es la religion del diablo, que sus sacerdotes no tienen mas honradez que los de Mahoma, que no son mas puros que los del paganismo, que son tan inhumanos como los de Jaggermaut?" ; cuando uno de los nuevos ministros, el lord canceller, lord Lyndhurst, se ha mostrado tan ciego enemigo de los irlandeses, llamándolos "extrangeros por la sangre, por la lengua y por la religion?" Sin duda que ningun hombre sensato aprobará el lenguaje virulento, y hasta injusto, de O'Connell, cuando atacando á los torys les echa en cara nada menos que el feo borron de traidores á su reina, y cuando proclama la libertad civil y religiosa con una escageracion que no podia ser de provecho ni á la misma Irlanda; pero unos escesos se explican por otros escesos, y cuando la provocacion es tan irritante, no es extraño que el ataque sea tambien desmedido y violento (1).

A pesar de los escesos que hemos reconocido en O'Connell, y que somos los primeros en desaprobár, no puede negarse que su demagogia ofrece un carácter que hace sumo honor á la rectitud y pureza de sus miras, y que muestra sobrenanera lo saludable de la influencia del Catolicismo; carácter sobre el que no sabemos que se haya llamado todavía la atención, sin embargo de que presenta un

(1) Hablando el *Times*, periódico tory, de los insultos dirigidos por los protestantes á los católicos, dice: "Semejante lenguaje es inhumano y profano; y excita un verdadero disgusto en las personas juiciosas. Los agitadores de la asociacion protestante han hecho mas papistas que protestantes... ¿Cómo puede menos de irritarse hasta el último extremo el carácter impetuoso de los irlandeses, al ver que los ministros de la Iglesia establecida agotan el diccionario de taberna, para insultar lo mas sagrado que hay á los ojos de los católicos?"

contraste muy notable entre O'Connell y los demas tribunos antiguos y modernos, y entre el Catolicismo y todas las sectas, ya religiosas, ya filosóficas.

Jamas pueblo alguno se quejó con mas razon que el pueblo de Irlanda; jamas hombre alguno alcanzó popularidad tan grande y duradera como O'Connell; jamas se amontonaron mas combustibles para una conflagracion espantosa; sin embargo, y á pesar de tantos años como lleva ya la lucha, á pesar de que bastaria que O'Connell gritase "á las armas," todavía se conserva en paz la Irlanda, todavía no ha reventado la revolucion. Recórrase la historia antigua y moderna, y es bien seguro que no se encontrará un ejemplo semejante. Los demagogos no se han contentado jamas con meros discursos: cuando se han sentido con bastante influencia sobre el pueblo, cuando han visto que la revolucion seria popular y encontraría apoyo en las masas, han pasado siempre á vias de hecho; y el poder atado primero con discursos, lo ha sido en seguida con las armas. En Irlanda al contrario: á medida que se ha creado un gran centro de agitacion política y religiosa en la *asociacion nacional*, las insurrecciones parciales se han disminuido notablemente; y se ha visto el extraordinario fenómeno de siete millones de hombres oprimidos y hambrientos, limitándose por espacio de muchos años á quejas y amenazas. Recientes son las guerras civiles provocadas por los protestantes, recientes son las revoluciones promovidas por los llamados filósofos; y por cierto que no pueden presentarnos ejemplo de tanta paciencia y longanimidad. Léase la historia, y se verá que tanto el protestantismo como la filosofía, para acudir á las armas, solo han esperado ser fuertes; para ambos, nunca ha sido cuestion de moralidad, sino de oportunidad.

Consignamos este hecho notable, que en nuestro juicio es el resultado natural de haberse combinado en Irlanda el elemento democrático con el religioso-católico; y de que la fogosidad del primero ha sido templada y detenida por el espíritu pacífico y prudente del segundo. En efecto: la norma de conducta del Catolicismo en la civilizacion de los pueblos es esta: reformar sin destruir; regenerar, pero contando con la accion del tiempo, nunca con trastornos, nunca con baños de sangre.

No obstante, y á pesar de la influencia amansadora del Catolicismo, no nos hacemos ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas; y mucho dudamos que el animado drama en que ha figurado O'Connell como el principal personaje, pueda llegar á un desenlace pacífico. En el porvenir de Irlanda hay la revolucion. Los católicos están emancipados, disfrutan de los mismos derechos ci-

viles y políticos que los protestantes; pero la cuestión no está toda aquí; la cuestión de Irlanda es mas profunda, afecta el corazón de la sociedad, como que está íntimamente enlazada con el sistema de propiedad territorial. La cuestión de Irlanda es cuestión de pan: cerca de tres millones de mendigos, con dos millones mas de miserables poco menos desgraciados que los primeros, en un pueblo cuyos propietarios cuentan su renta anual por millones, es un problema demasiado grave para las fuerzas humanas; la política del hombre no alcanza á resolverlo pacíficamente; solo nos falta saber cuándo sonará la hora en los arcanos de la Providencia; ó para vernos de las proféticas palabras de O'Connell, cuándo vendrá *la ocasión de Dios*. Cuando llegase esta hora, sería un inmenso beneficio para la Irlanda el que tuviese á su frente á un hombre como O'Connell; que si tal dicha pudiera caber á ese desgraciado país, no sería perdido el sacrificio que hiciera, soportando por algun tiempo mas la pingüe renta con que todos los años asegura la subsistencia, el decoro y el esplendor de su tribuno rey (1).

Las clases como los individuos, expian sus crímenes; y la aristocracia inglesa, que segun la espresion de Sir Francis Burdett, ha dejado en Irlanda una *huella sangrienta*, se ve amenazada de recibir el castigo. Con las espoliaciones, y con un sistema opresor y cruel, ha llegado á arraigar en Irlanda el pauperismo, como una lepra incurable; pero el pauperismo se ha pegado tambien á la Inglaterra, y progresando de un modo espantoso, amenaza su porvenir con funestas catástrofes. Su actual crisis es mas bien social que política; porque no se trata ya de la abolición de privilegios mas ó

(1) El verdadero rey de Irlanda no podia estar sin su lista civil; y en efecto, el pueblo irlandés paga todos los años á O'Connell una crecida suma para que pueda alzar dignamente con los aristócratas ingleses. El hecho es digno de ser contado.

Si bien no puede decirse que O'Connell fuese rico, no obstante, su padre le habia dejado lo necesario para vivir acomodadamente; y habiendo heredado de un tio suyo bienes de alguna consideración, y ejerciendo la profesion de abogado, que por si sola le proporcionaba crecido lucro, podia sostener su posicion particular con decencia y hasta con esplendor. Pero consagrado enteramente á la causa de Irlanda, ha tenido que abandonar su profesion y descuidar sus intereses; y así es que para que pudiera mantenerse en su alta posicion política, ha sido menester que se le ayudase con un crecido subsidio. El pueblo irlandés se le ofrece con mucho gusto; llegando al extremo de que hasta los mendigos, al recibir la limosna, separan una parte de ella para la renta de O'Connell. Ha sucedido á varios viajeros, que dando algunas monedas á un mendigo, le han visto poner alguna cosa aparte, diciendo: "*Esto para la renta de O'Connell!*" Hasta los monacillos de las iglesias recogen para este objeto; y gracias á la buena voluntad del pueblo, se reúne cada año una suma muy crecida. En 1835 pasó de 97.660 pesos. Esto da motivo á los torys para llamarle el *rey mendigo*; pero hecha la cosa con tanta publicidad, con tan buena voluntad de parte del pueblo, y mediando la necesidad evidente, en un hombre que hace tantos viajes, de tantas relaciones, y que ocupa una posicion en que son indispensables crecidos gastos, no vemos que resulte al honor de O'Connell, ni mengua ni desdoro.

menos honoríficos, ó de estension de derechos que garanticen mas ó menos influencia; la cuestión se ha colocado en un terreno resbaladizo, altamente peligroso, donde toman parte muy fácilmente las pasiones de la clase mas numerosa. Cuando Lord Russell para conservar el poder, y O'Connell para atacar á los torys, han dicho que la cuestión estaba en si el pueblo habia de tener el pan barato ó caro, pueden estar seguros de ser entendidos por todas partes, y de excitar en las clases menesterosas, simpatías vivísimas.

La aristocracia inglesa se ha lamentado amargamente de O'Connell; pero se ha olvidado de que la muerte de su temible adversario, que sería una calamidad para la Irlanda, quizás lo fuera tambien para la Inglaterra. En efecto: supóngase que muere O'Connell, y que heredando algun otro mas ó menos parte de su popularidad, no se contentase con invectivas y amenazas; sino que prevaleciendo de la efervescencia de los ánimos, en alguna de aquellas situaciones críticas que tan á menudo se ofrecen en un país como la Irlanda, provocase una revolucion: ¿qué podría suceder? La Inglaterra ha sofocado muchas insurrecciones; pero no le fuera tan fácil ahogar una revolucion. Antes, habia el hambre, la desesperación, la sed de venganza; ahora mediarían tambien estas causas, pero secundadas por el espíritu nacional creado por O'Connell, dirigidas por la *asociación*, que tan vastas y profundas relaciones tiene en el país: antes tenia que habérselas la Inglaterra con oscuros conspiradores; ahora se encontraría con revolucionarios entendidos, con hombres amaestrados en los debates, en los manejos de la carrera política. Lo que antes eran bandas de insurgentes, podría convertirse en cuerpos de ejército, y las nocturnas reuniones de los conjurados, en imponente asamblea nacional.

Todos los revolucionarios de Inglaterra tienen la vista fija en Irlanda; todos la consideran como la gran palanca que ha de ejercer la principal fuerza en el movimiento trastornador. Léanse los discursos de los cartistas pronunciados en las turbulentas reuniones en que procuran inflamar el ánimo de la muchedumbre: la mejora del estado de Irlanda, la *revocación de la union*, la alianza con la Irlanda, claman á voz en grito; y no siempre se encontrarán hombres tan íntegros como O'Connell, que rechacen con loable franqueza tamañas ofertas. La conducta de O'Connell ha sido en estas circunstancias muy noble y consecuente. Nunca ha tenido reparo en prestarse á ciertas avenencias, que sin comprometer sus principios pudiesen ser provechosas á su patria; pero al presente se trata de que el pueblo irlandés se aliase con hombres de principios irreligiosos, y el honrado y religioso tribuno no ha querido permitirlo.

He aquí sus palabras en un discurso que pronunció en una reunión tenida en Dublín á principios del corriente mes: "M. Hayes, "en una reunión tenida poco ha, en Cork, recomendó al pueblo la "alianza con los cartistas, que quieren abreviar la duración del par- "lamento, y dar mas estension al derecho electoral. Por lo que á "mí toca, rechazo esta mocion; no quiero asociarme con los cartistas, "porque soy el enemigo de la fuerza. No quiero ni la cooperacion, "ni el socorro de parte de unos hombres cuyas declamaciones anti- "religiosas me inspiran un profundo desagrado. El pueblo irlan- "dés es moral y religioso, y no necesita semejantes auxiliares. La "conciencia de los cartistas está manchada con demasiados críme- "nes para que pueda yo jamas aceptarlos como aliados."

En otra reunión numerosa tenida en Lóndres el 30 del pasado Agosto, despues de haber pintado con los mas negros colores la in-justicia y crueldad de que por tanto tiempo ha sido víctima la Ir-landa, y de haber manifestado su firme propósito de trabajar incansable para obtener la *revocacion del acta de union*, decia estas no-tables palabras: "Para hacer cesar la esclavitud y restablecer la "independencia nacional, no debemos apelar á la violencia, ni á la "efusion de sangre: lo proclamo aquí; la mejora de nuestras insti- "tuciones no podemos obtenerla sino por *medias virtuosas*." Hom- bres que al comenzar la oposicion contra un ministerio del cual na- da se prometen de bueno, se espresan no obstante con un lenguaje tan noble y templado, son acreedores á la estimacion general, y me- recen que se les toleren con indulgencia los excesos á que los arras- tra su posicion dificil y resbaladiza.

Lo repetimos: el dia en que baje á la tumba el adalid de Irlanda, el dia en que se vea á un pueblo inmenso llorando inconsolable sobre las cenizas de su libertador, el dia en que haya desaparecido de la arena ese adversario tan temible á la aristocracia inglesa, este dia podrá ser el principio de una nueva direccion del espíritu público en Irlanda, y de gravísimas complicaciones para el Reino Unido. La democracia es un elemento dificil de conservarse en su pureza: está siempre en inminente peligro de ser estraviado por intenciones pérdidas, de ser corrompido por pasiones bastardas. La revocacion de la union va haciéndose cada dia mas popular; en las actuales circunstancias un parlamento irlandés se convertiria desde luego en asamblea constituyente; y la revolucion política llevaria por necesario resultado una revolucion social de las mas profundas. ¿Y quién asegura que en medio de la tempestad pudiera hacerse oír la voz del Catolicismo, y que no fuesen desoidas sus severas doctrinas sobre el respeto que se debe á la propiedad? Una revolucion en

Irlanda gravitaria precisamente hácia ese punto fatal; *la violacion de la propiedad*; es decir, que tendria uno de los caracteres mas terribles que puede presentar una revolucion.

La Inglaterra conoce estas verdades, y se opondrá con todas sus fuerzas á que se dé el primer paso en la peligrosa pendiente. Con los trastornos que hemos indicado, se veria gravemente comprometi- da su tranquilidad interior; de suyo ya bastante amenazada por funestos gérmenes que se van desarrollando; y ademas dejaría de ser inaccesible á los ataques de las potencias del continente. ¿Conseguirá llegar salva á puerto en medio de tantos escollos? Este es un secreto de la Providencia; pero si la orgullosa Babilonia pereció, si Roma fué aplastada bajo la planta de los bárbaros, la reina de los mares podría tambien tener señalado un momento fatal en los decretos del Eterno. Una revolucion podría desarrollar mas y mas los numerosos gérmenes de muerte que abriga en su seno, y llevar- la á la disolucion; y una expedicion afortunada, conducida por un nuevo Hoche y apoyada por la Irlanda, podría quizás manifestar que el enorme coloso tiene los piés de barro. Entonces, cuando vendrian los viajeros del Oriente y del Ocaso, del Aquilon y del Sud, á contemplar el abatimiento de la altiva Albion, pasarían á Ir-landa á visitar el sepulcro de O'Connell, y dirían: "*Aquí yace el hombre que preparó la caida del coloso; O'Connell no pensaba de mas que el libertador de Irlanda, y fué el vengador del mundo.*"

Inútilmente nos esforzaríamos nosotros en esparcir algunas flores sobre la tumba del célebre O'Connell, despues de leer el brillante artículo del Sr. Balmes; sin embargo, en obsequio de nuestros sus- critores, y para complemento de la *Biografía* del gran caudillo de los irlandeses, daremos algunas noticias mas que tomamos de pe- riódicos estrangeros, refiriendo rápidamente los hechos principales con que se distinguió O'Connell en su ilustre y dilatada carrera.

Descendia O'Connell de una linea de antecesores que habia go- zado en otro tiempo del poder real en la parte de Irlanda hoy cono- cida con el nombre de condado de Kerry. El trono tradicional de esta provincia, que fué un tiempo el reino de Ivora, estaba ocupado en la actualidad por Daniel O'Connell.

Este hombre, á quien la historia tiene señalado un puesto entre los bienhechores pacíficos de los pueblos, nació en la segunda mit- tad del siglo décimo octavo. Lo revolucion francesa le sorprendió en Calais, donde terminaba sus primeros estudios. De vuelta á su

patria, se entregó, rodeado de muy diversos acontecimientos, á la profesion de abogado, en la cual supo conquistar el rango mas eminente. Pero la obra gloriosa de Daniel O'Connell es la que ha dado por resultado las franquicias de Irlanda y de los católicos ingleses.

Despues de una conquista y de guerras religiosas, Inglaterra no habia hecho una legislacion especial para Irlanda y para los católicos; los habia tratado como á enemigos, y les habia impuesto la ley de los vencidos. O'Connell, cual otro Moisés, acometió la empresa de salvar á sus hermanos cautivos. La lucha duró mas de treinta años; pero al fin la razon y la justicia triunfaron de los sectarios y vencieron sus antipatías.

La principal gloria de O'Connell consiste en haber aceptado para combatir á los enemigos de su patria, armas que ellos no podian rehusar, las de la legalidad, tal cual la Inglaterra las habia impuesto á la Irlanda.

De tiempo inmemorial los irlandeses, oprimidos de sus derechos, despojados por los conquistadores, no empleaban otro medio para defenderse, sino la rebelion y la violencia material. Pero los ingleses, dueños de la fuerza pública, y organizada ésta con la superioridad que distingue las instituciones de su pais, vencian siempre á los irlandeses y ahogaban sus quejas en arroyos de sangre.

Mas vino O'Connell y dijo á sus paisanos: "Sois débiles porque cedéis el campo á vuestros enemigos en la arena en que podeis ser mas fuertes que ellos. En lugar de sublevaros, reuníos; en lugar de obrar, deliberad y discutid; esto os lo permiten las leyes inglesas, y no se atreverán á prohibiroslo, si de antemano, y en alta voz, decidis: queremos juntarnos, queremos hablar, queremos usar del derecho de peticion."

Desde entonces comenzó la organizacion de la Irlanda. Ayudado por el clero, consiguió O'Connell dar unidad y concierto á los votos y á los deseos de sus paisanos, y generosamente sostenido por los defensores que la Irlanda conservó siempre en el parlamento, por los corifeos del partido whig, fieles siempre á la causa de la desgraciada Irlanda, en breves años desapareció la desigualdad en que estaban tenidos los católicos y los protestantes.

Cuando O'Connell comenzó su campaña legal, los católicos no podian ni poseer tierras, ni obtener cargos públicos, ni ejercer las profesiones liberales, ni obtener en el servicio militar un grado superior al de teniente. Contra todos estos intolerables abusos se levantó un tribuno popular con la energia que caracteriza á un pueblo oprimido,

midido, y sucesivamente, á fuerza de reuniones, de peroratas, de escritos y de peticiones, logró que las dolencias de sus conciudadanos fuesen escuchadas hasta el punto de remover casi todos los impedimentos civiles, en términos que á principios del siglo, solo quedaban por conquistar los derechos públicos.

Para conseguirlo redobló los esfuerzos el célebre orador y jefe de partido, al que llegaron á temer tanto los *tories*, que en su irritacion contra la inmensa popularidad que habia adquirido, le pusieron por nombre el grande *agitador*. Pero este agitador tenia la conciencia de su fuerza y de su derecho; y seguro de que disponia de los corazones de todos los irlandeses, y de que á su voz la nacion entera le seguiría; cansado de esperar que le hiciesen justicia, y despues que la célebre cuestion de la emancipacion católica habia sido desechada en el parlamento aun cuando se reproducia siempre con aumento de votos en favor de la Irlanda, resolvió salir al encuentro de sus enemigos y darles la batalla.

La ley concedia á los católicos el derecho de votar para la eleccion de individuos para el parlamento; pero ningun católico podia ser elegido. Cuando O'Connell creyó madura la opinion de Inglaterra, se presentó á los electores en una vacante, y les dijo resueltamente: "Enviadme al parlamento, y veremos si tienen valor para echarme de él."

El agitador habia calculado bien su fuerza. El gobierno declinó el combate y presentó el bill de emancipacion, por el que quedaron igualados los derechos políticos de los protestantes y de los católicos, y admitidos éstos en ambas cámaras del parlamento.

A consecuencia de esta gran victoria, O'Connell dispuso en lo sucesivo de cincuenta á sesenta votos en la cámara de los comunes, con lo que constituyó en ella el partido irlandés, y se manejó con tanta habilidad, que ya amigo, ya adversario, logró arrancar de todos los gobiernos concesiones importantes á favor de su pais.

Este no fué ingrato á tan señalados servicios. O'Connell habia abandonado el foro para dedicarse al servicio público, renunciando á la fortuna que con sus talentos hubiera podido adquirir. Para resarcirlo de esta pérdida, los irlandeses se impusieron una contribucion voluntaria, á la que contribuian todas las clases indistintamente, desde el rico hasta el infeliz que solo podia dar un thaco por semana. Este tributo de la gratitud nacional llegó á importar ochenta mil duros anuales, que componian la lista civil que el pueblo irlandés ha pagado por una larga serie de años á su infatigable defensor.

En sus últimos años, O'Connell se habia dedicado á contener el

movimiento popular por el primitivamente escitado; y sus aparentes cóleras contra los ingleses no eran sino ardidés para arrancarles concesiones y obtener los desagravios y plena justicia que bien sabia habia de llegar para su país.

O'Connell ha dejado una numerosa familia y cuatro hijos. El mas jóven de ellos, individuo del parlamento, y el mas querido del padre, le acompañó todo el tiempo en su penoso viage de Lóndres á Génova con el fin de ir á visitar al sabio Pio IX, y someter á la aprobacion del sucesor de S. Pedro sus hechos y sus escritos. Los otros tres, el mayor individuo tambien del parlamento, hace mucho tiempo se halla en su casa de campo muy delicado de salud. De los dos restantes, el uno ocupa una situacion muy honorífica, y el otro, si bien individuo del parlamento, se halla casi siempre en Dublin dirigiendo los asuntos de la asociacion *del rapeal*.

O'Connell, el libertador de la Irlanda, el que con su celo, laboriosidad y talentos logró alcanzar para los católicos de la infeliz Irlanda se rompiesen tantas cadenas como los aprisionaban, y luciesen allí para el Catolicismo dias de libertad y de justicia; O'Connell falleció en Génova en la noche del 15 de Mayo de 1847, á los setenta y dos años de edad. La Irlanda ha sufrido una pérdida irreparable, y el gobierno, aunque protestante, lo mismo que el mundo entero, sintieron vivamente la muerte del campeón del Catolicismo Irlandés.

El inmortal O'Connell ocupará en la historia un lugar eminente entre los ínclitos defensores de la humanidad, de la religion, y sobre todo, de la emancipacion de su amada patria la infortunada Irlanda, de esa nacion heroica, cuya constancia en la fé es la admiracion de todos, y cuya horrorosa miseria se resiste el ánimo á recordar. *(Nota del Editor.)*



LA INDIFERENCIA SOCIAL

EN

MATERIAS RELIGIOSAS.

La indiferencia del individuo en materias religiosas, es decir, un completo descuido del negocio que mas le importa, un olvido de verdades terribles que al fin la muerte le ha de recordar, es cosa reprobada por la razon y el buen sentido; es un sistema funesto que se sigue, pero que no se aprueba; y el hombre que camina por ese sendero de perdicion, es el primero en reconocer que su conducta es insensata. Sea cual fuere el grado á que llegue entre los hombres la incredulidad, sea cual fuere el apartamiento en que vivan de las convicciones religiosas, sea cual fuere el dominio que sobre ellos ejerzan las pasiones, interesadas, como es claro, en ahogar el recuerdo de las severas verdades que las enfrenan, siempre es cierto, siempre es innegable, siempre está patente á los ojos, que el hombre muere, que su vida es muy breve, que mas allá del sepulcro hay el temor de alguna realidad tremenda; temor que no han sido parte á disipar todas las cavilidades de una escasa porcion de sofistas, empeñados en desmentir las creencias de todos tiempos y paises, en contrariar las tendencias religiosas del linage humano, en borrar del corazon del hombre ese misterioso sentimiento de la otra vida, que desplegándose en su alma desde que abre los ojos en la cuna, le acompaña en todos los periodos de su existencia, y se despierta mas eficaz, mas vivo, mas pavoroso, en el momento terrible en que